

INFORMACION ACADEMICA

Alocución del Dr. Miguel Jiménez, académico numerario en la
ceremonia de recepción del Dr. Salvador Zubirán como Miembro
Honorario de la Academia Nacional de Medicina el día 24 de
mayo de 1967

Señor Presidente,
Maestro Salvador Zubirán,
Miembros de la Mesa Directiva,
Compañeros Académicos,
Señoras y señores:

MIS PRIMERAS palabras son de felicitación para la anterior Mesa Directiva de nuestra Academia, que tan digna y eficazmente presidió el Dr. Castelazo Ayala, a quien se debe la propuesta para elevar a la categoría de miembros honorarios a tres destacadas personalidades médicas mexicanas: los maestros Chávez, Villanueva y Zubirán, este último, a quien ahora recibimos con esa categoría en esta sesión.

Mi agradecimiento al señor Presidente de la Directiva actual, por haberme designado para hacer el ofrecimiento oficial de tan merecida distinción al Maestro Zubirán, honor que en mucho estimo, pues es darme la oportunidad de poder hacer una muy breve síntesis de la extraordinaria y brillante labor realizada, por uno de los máximos exponentes actuales de nuestra medicina. Posiblemente extrañe que una persona que cultiva una especialidad distinta, a la que ha dedicado íntegramente su vida el maestro Salvador Zubirán, haya sido seleccionada para esta honrosa labor; pero la razón, es que he tenido

el privilegio de seguir muy de cerca su vida y su obra, por lo que podría hablar largamente de su actividad dinámica y creadora, así como de la entrega total que siempre ha hecho de su persona en todas las obras que ha emprendido, lo que, unido a su clara inteligencia y talento excepcional ha cristalizado y continúa cristalizando todavía en la actualidad, en grandes realizaciones de las que, lógicamente, esbozaré los aspectos a mi juicio más importantes.

Destaca primordialmente su labor como creador y principal impulsor del actual Instituto de Enfermedades de la Nutrición, que acaba de cumplir 20 años de vida, del que ha sido su único director. Institución modelo en nuestro medio y, sin duda alguna, la que ha formado una de las más prestigiadas escuelas en el medio médico mexicano.

Dentro de las labores que realiza en ella, se han formado y se continúan formando, destacados profesionistas con amplia preparación en los diversos aspectos de asistencia, docencia o de investigación; muchos de ellos, que constituyen en la actualidad relevantes personalidades científicas, cuyo prestigio ha pasado el límite de nuestras fronteras.

Las actividades del Instituto bajo su entusiasta e inteligente dirección, nunca

se han limitado al cultivo de las diversas especialidades clínicas, sino han dado gran importancia a la enseñanza de las mismas y a estimular las labores académicas de investigación; además, su grupo de trabajo ha dado alcance nacional a su labor, al abordar el estudio de la nutrición de nuestro pueblo, en todos sus aspectos, y los graves problemas que significan su insuficiencia. Esa Institución, a la que se ha entregado íntegramente el maestro Zubirán, constituye, como él mismo lo ha expresado, "el fruto más preciado del amor a su profesión", y el resultado es actualmente palpable para todo el gremio médico, nacional e internacional, ya que su labor es ampliamente reconocida y estimada, por sus constantes esfuerzos en la búsqueda de la verdad dentro de las incógnitas de la medicina.

En alguna ocasión, él mismo ha señalado: "No sólo es una escuela de médicos, es una escuela de hombres", y qué verdad tan grande ha expresado en tan pocas palabras; es un espejo donde se refleja su imagen de trabajo, de organización y de energía, toda ella sobre bases del más elevado sentimiento de amistad y compañerismo.

Su amor por la superación científica lo demostró inmediatamente después de su recepción profesional, al haber sido uno de los pioneros en adquirir conocimientos superiores a los que el medio le podía proporcionar. En esta línea fue uno de los primeros residentes en hospitales norteamericanos, en donde dejó imborrable recuerdo, que recientemente le valió merecida y honrosa distinción.

Su trayectoria docente, también de perfiles excepcionales, la inició muy

tempranamente y los que tuvimos la fortuna de conocerlo en su clase de clínica médica hace 37 años, entre los que se encuentra nuestro actual Presidente y el que habla, aún recordamos su extraordinaria metodología clínica, su clara sencillez en la exposición y, fundamentalmente, el interés que siempre ha despertado en sus alumnos hacia las diversas disciplinas que ha enseñado; de allí nació mi cariño por la especialidad que cultivo y es él una de las dos personas a quienes debo las bases de mi formación como médico. Alcanzó en esta rama de la docencia el lugar más elevado a todos los niveles de la enseñanza y de la cultura, al ocupar la Rectoría de nuestra máxima Casa de Estudios. Ahí permanecen huellas de su paso al hacer patente públicamente la necesidad de un cambio físico básico en su estructura; obtuvo los terrenos en donde debería levantarse la Ciudad Universitaria; realizó sus obras fundamentales de ingeniería (dotación de agua potable y otras) y proyectó la planeación de sus diversos edificios, casi como se encuentran en la actualidad. En otras palabras, le tocó hacer lo que no se ve, lo que no se ostenta, sin que disfrutara de que fueran sus manos las que terminaron la obra; fue la semilla que posteriormente germinó en la brillante realización de lo que es actualmente legítimo orgullo nacional.

En su programa de trabajo se apreció su deseo de elevar el nivel académico de la Universidad; con gran esfuerzo aplicó rigurosamente la Ley Universitaria, estableciendo, entre otras cosas, los exámenes de selección y fue el fundador y organizador de la enseñanza de gra-

duados, que vino a llenar una necesidad urgente, al dar forma orgánica a una función que se realizaba de manera dispersa e irregular, por un selecto grupo de personas. Desafortunadamente, factores muy complejos y desmedidas ambiciones lo obligaron a renunciar, interrumpiendo así una brillante labor a la que estuvo entregado totalmente.

Otra de las facetas de su labor profesional ha sido la del funcionario preocupado por los problemas de la salud pública. Su paso por el Departamento Autónomo de Asistencia Infantil, que creó y organizó íntegramente, imprimió nuevos derroteros al concepto de asistencia, al considerarlo como obligación del Estado y no como simple caridad.

Posteriormente, en este mismo cargo y al lado del Dr. Gustavo Baz se planeó, con clara visión del futuro, el programa nacional de hospitales, de acuerdo con la ideología moderna; fue entonces cuando se concibió la construcción en este mismo sitio, aunque con una idea arquitectónica diferente, de este monumental Centro Médico Nacional.

Aquí, en esta Academia, que presidió en 1947, también ha puesto de manifiesto su valía con sus numerosas comunicaciones científicas, que contribuyeron a elevar su bien cimentado prestigio, considerándosele como una de sus más relevantes figuras.

Pertenece a numerosas sociedades científicas nacionales internacionales en relación a la especialidad que cultiva y ha sido objeto de innumerables distinciones, de las que señalaré solamente dos muy recientes: la medalla de oro que le fue otorgada por el Peter Brigham Hospital, del que fue residente,

con motivo del Quincuagésimo Aniversario de su fundación, junto con otros siete científicos destacados del resto del mundo, y su designación como Profesor Emeritus de nuestra Universidad, honoroso galardón equivalente al que ahora la Academia le otorga y que significa el reconocimiento oficial a sus méritos docentes.

Por último quiero referirme al hombre, al valor humano que significa su atrayente personalidad —su gran calidad humana es de aquellas que sólo tienen los hombres que son guías y ejemplo, que atraen voluntades, crean afectos sólidos e indisolubles y saben inyectar cariño a todos los elementos que les rodean.

En su vida privada, ha sido esposo ejemplar y amantísimo padre. Siempre ha sido el fiel amigo que se entrega. Su cultivo por la amistad es un ejemplo para todos los que hemos sido sus alumnos, que siempre hemos visto en él más que a un Maestro, a un verdadero amigo, dispuesto a servir en cualquier aspecto con el mayor desinterés y espontaneidad.

Maestro Salvador Zubirán: estas imágenes parciales son incapaces de dar una idea cabal de toda su brillante trayectoria profesional, pero creo que justifican plenamente este homenaje que le rinde, a través de mi modesta palabra, la Academia Nacional de Medicina, al ofrecerle un sitio de honor dentro de la misma, hecho con el que, mis compañeros académicos, desean hacer resaltar su magnífica obra en beneficio de la Medicina mexicana, y, representa, merecido reconocimiento a su labor científica, académica y docente.

Palabras de agradecimiento del Dr. Salvador Zubirán, con motivo de su recepción como Miembro Honorario de la Academia Nacional de Medicina, pronunciadas en la sesión del día 24 de mayo de 1967

Señor Presidente de la Academia
Señores académicos
Señoras y señores:

LEVAN estas frases emocionada gratitud a los miembros de nuestra Corporación, por la alta distinción que se me concede al otorgarme un sitio de honor en esta venerable institución a la que pertenecemos. Agradecimiento al Dr. Miguel Jiménez, por el relato de mi vida profesional, lleno de frases amables y juicios bondadosos teñidos por los colores encendidos del afecto y la amistad. Agradecimiento también muy profundo, porque este acto para mí tan solemne, ha sido la ocasión para que me detenga un instante en el ascender de la colina de los años y de la vida, y en la cumbre, volverme para mirar hacia atrás el sendero recorrido y contemplar el panorama del pasado y apreciarlo, así, en su conjunto, con sus éxitos y sus fracasos, con sus dichas y sus penas.

Estas remembranzas han hecho surgir en mi espíritu impresiones y sentimientos que ahora transmito a ustedes, mis amigos, ya que su sola presencia en esta noche tiene para mí el significado de la más cara expresión de amistad y de la más delicada muestra de simpatía.

Me dirijo al mismo tiempo a aque-

llos con quienes me ligan lazos de una rancia e invariable amistad de muchos años, y también a los más jóvenes, cuyo cercano contacto es motivo de estímulo y fuente contagiosa de renovada juventud.

Puedo expresar sin recato que he sido un hombre feliz, aún en medio de las penas que el destino nos impone, porque he sabido "apreciar mi jardín por sus flores y no por las hojas que caen", porque he tenido a mi lado a la esposa amante y fiel, que me ha otorgado su compañía, su ternura y su consejo, porque han dado alegría a mi existencia las tiernas caricias de mis hijos y el bullicio risueño de mis nietos, y además, porque he contado con el respaldo vigoroso y trascendental del sublime privilegio de la amistad.

He sido feliz porque he sido médico, enamorado de esta noble ciencia nuestra, perenne acicate a la inteligencia, por sus múltiples incógnitas, siempre en espléndido desarrollo y con un horizonte eternamente abierto, infinito. He sido feliz, porque he dedicado a nuestra profesión íntegramente mis ímpetus de joven, los esfuerzos de la madurez y porque aún ahora, en la edad de la serenidad y la experiencia, vibra en mi espíritu un afán incontenible de hacerle entrega de mi entera capacidad a su servicio y a su progreso.

Volvería a ser médico, he dicho en otra ocasión y lo repito ahora, si por mágica virtud tornara la juventud a mi ser y volviera a desandar el camino y a escoger otra vez el sendero.

He sido feliz porque, dentro de mi limitada capacidad, creo haber servido a mi patria, a la que he consagrado apasionada devoción, porque ha sido para mí propósito siempre presente, meta siempre perseguida, que mis esfuerzos, por modestos y pequeños que sean, estén ofrecidos a su grandeza.

Dentro de los campos de acción en los que el médico desarrolla su diaria labor, hay un aspecto que ha sido para mí de singular interés, que me ha proporcionado, sin duda, algunas de las más grandes satisfacciones, grabadas para siempre en el libro de mis recuerdos: la Enseñanza. Acercar con tenaz empeño las fuentes del saber a la juventud afanosa que con pujante vigor y siempre nobles propósitos busca, alada, elevarse a las más altas esferas del conocimiento humano. Servirle de escalón y de peldaño y participar y contribuir al logro de sus propósitos. ¡Cuántas satisfacciones se originan al contemplar el triunfo de aquellos en quienes se ha puesto un poquito de uno mismo, y cómo pueden sentirse como propias algunas de las verdades arrancadas a la naturaleza por la investigación que ellos realizan y que uno no pudo efectuar con sus propias manos, pero en las que algo se hizo, por poco que haya sido, para plasmarlas.

Con qué íntimo orgullo se escucha el ser llamado "Maestro", aunque ese vocablo sea sólo expresión de un afecto y

reconocimiento de un afán sin límites de enseñar.

La evocación, las reminiscencias de mi vida profesional, que con tanta indulgencia ustedes escuchan, hacen aparecer en forma sobresaliente lo que con mayor amplitud ha colmado mis ambiciones, fuente de grandes satisfacciones y de legítimo orgullo. El Instituto Nacional de la Nutrición, amada Casa nuestra en la que encuentran albergue lo mismo el médico en su noble labor de dar alivio al que sufre, que el que enseña o el que en el quieto recinto de un laboratorio busca encontrar la verdad escondida; ambiente propicio donde toda una juventud estudiosa descubre su camino y ejerce su cometido, con el primordial propósito de conquistar su propia e íntima satisfacción. Amada casa nuestra, fuente de saber, cenáculo de afectos y sitio donde se practica el bien no sólo como un imperativo categórico o como una Ley que se acata, sino como dijera el ilustre filósofo Caso "...como un entusiasmo que brota de la conciencia íntima del sentimiento y que es inspiración creadora".

Sus brillantes realizaciones, su innegable prestigio, sus contribuciones valiosas a la ciencia, permitídmela inmodestia, las siento como algo mío y las vivo como el fruto más preciado de mi amor a mi profesión. Siento que el edificio, los objetos y un poco los hombres que ahí trabajan sin descanso, tienen algo de mí mismo.

Los que ahí laboramos estrechamente unidos, con inflexible decisión, hemos luchado por darle grandeza y magnitud. Vimos una vez elevarse sus

muros y ampliarse sus espacios, pero lo que parecía palpable realidad, vino a derrumbarse. A pesar de ello, la meta idealizada a la que no hemos renunciado nunca, logra, con renovadas energías, hacer surgir de las entrañas del suelo de nuestro valle, los pilares que darán sostén al nuevo edificio, más amplio y más risueño.

La honrosa distinción que nuestra Corporación me otorga, la estimo, a mi ver, justificada, por esa obra que no es mía, que es de todos, y así, el honor recibido deben sentirlo como todo ese conjunto humano que suma sus esfuerzos en armoniosa conjunción.

El mérito mío tal vez no sea otro que el de ser un batallador obstinado que ha encontrado en la lucha misma y en la acción su camino, y que ha tenido siempre como convicción, la más íntima y valiosa, el que el hombre debe

estar siempre preparado para que si un ideal no se alcanza, si una meta se derrumba o se conquista, debe hacerse surgir una nueva, distinta tal vez o la misma si es necesario, y perseguirla sin descanso, sintiendo en lo más íntimo de su ser que no es sólo la conquista o el triunfo lo que ha de satisfacerlo, sino la lucha misma la que ha de proporcionarle la felicidad.

Comparto de esta manera lo que el inspirado poeta Longfellow dijera: "No es la dicha o la tristeza nuestro camino o nuestro fin, sino luchar, y que cada mañana nos encuentre más lejos que el día de hoy", y al sentir así íntimamente ese afán interior, me hace pedir al Eterno que cuando la vida se acabe, cuando llegue la muerte, me sorprenda con el azadón en la mano, la cabeza erguida y en alto la mirada.